

(En: *Lengua y migración* 2, 2, 2010, 9-25).

La dimensión subjetiva en el contacto lingüístico

Rocío Caravedo

El presente trabajo propone una reflexión conceptual sobre la subjetividad lingüística aplicada al contacto conflictivo producido por la migración. Valiéndose de los recientes aportes de la filosofía y de la neurobiología, se focaliza la atención en el componente valorativo de base neurológica (el llamado *somatic value system*), inherente a la cognición general y lingüística. Se establecerá hipotéticamente que este componente se pone en funcionamiento de modo artificial en la interrelación conflictiva entre inmigrantes/originarios. De carácter no innato sino adquirido en el contexto social, tal componente resulta determinante en el modo de percibir las variedades coexistentes en el mismo espacio, pertenezcan o no a la misma lengua y, por lo tanto, también en el modo de conocerlas y, obviamente, de utilizarlas. Se intentará demostrar finalmente que el sistema valorativo, en tanto manifestación de la subjetividad propia de la actividad cognoscitiva del hablante, resulta esencial tanto en el uso pragmático de ambos códigos como en la cognición de la estructura interna de la lengua ajena.

This paper proposes a conceptual reflection on linguistic subjectivity applied to conflictive linguistic contact as a result of migration. Departing from the recent contribution taken from both philosophy and neurobiology, our attention will be focused on the evaluative component (the so-called *somatic value system*), which is inherent to a general and linguistic cognition. It will be hypothesized that such a component re-emerges in a rather artificial way in the conflictive interrelationship between immigrants and natives. This appraisal system, which is not innate but developed in social context, appears to be crucial in the spatial coexistence of linguistic varieties (whether they correspond or not to the same language). It is also determinant in the way linguistic varieties are perceived and, accordingly, learned and used. Furthermore, it will be demonstrated that the *somatic value system*, as a manifestation of the subjective dimension of languages, inherent to the speaker's cognitive activity, is essential in the pragmatic use of both codes and in the cognition of inner linguistic structure of the target language as well.

Palabras claves: sociolingüística cognitiva, subjetividad, percepción, migración, sociolingüística hispánica.

1 Punto de partida conceptual desde la filosofía y la neurobiología

En primer lugar, precisaré los alcances del término *subjetivo*, comúnmente sujeto a interpretaciones imprecisas o equivocadas, al que se le asigna connotaciones negativas ligadas, por lo general, a un concepto de cientificidad circunscrito a los hechos objetivos. Partiré de las definiciones de Searle (1994) en el marco de su filosofía sobre la realidad social para establecer los alcances del concepto de *subjetividad*, deslindándolo del de *objetividad*. Según el autor mencionado, ambos conceptos pueden aplicarse al ser de las cosas o a los juicios sobre estas. En el primer caso, una entidad cualquiera puede ser *ontológicamente* subjetiva u objetiva; en el segundo, *epistémicamente* subjetiva u objetiva. La distinción entre lo *ontológico* y lo *epistémico* resulta fundamental para entender la consideración del lenguaje como sistema de valores de carácter subjetivo, sin renunciar a la posibilidad de abordarlo de modo objetivo desde un punto de vista epistémico. Una consideración de esta naturaleza permite dar cabida dentro del pensamiento científico objetivo a muchos fenómenos que se mueven en la dimensión de lo subjetivo. Precisemos ahora cómo define Searle ambos términos (Searle 1994:1-13).

Subjetivo significa *dependiente del sujeto*, y puede ser atribuido *ontológica* o *epistémicamente* a una entidad determinada. Contrariamente, *objetivo* se refiere a aquello cuya existencia no depende de sujeto alguno y, por lo tanto, de ningún tipo de creencia. Fenómenos como los hechos sociales y, más específicamente, los institucionales (el matrimonio, el dinero etc.), cuya existencia depende de que se crea que son tales de modo público y consensual, son –según Searle– *ontológicamente subjetivos*, dado que tienen un valor determinado respecto del sujeto: carecen de valores autónomos, a diferencia de las entidades físicas, que son lo que son, independientemente de pensamientos o de creencias.¹ Como sistema esencialmente *sígnico*, el lenguaje entraría de modo natural en la categoría de lo *ontológicamente subjetivo*: es decir, no puede ser sino dependiente del observador, o - de modo más propio- del sujeto hablante. Desde este planteamiento, la idea de *sistema* pierde autonomía: las lenguas existen desde y por los hablantes: sus sistemas son dependientes de estos. Solo así puede explicarse la diversidad de lenguas expresable en la multiplicidad de modos de enlazar significantes y significados. Quede claro que *subjetivo* en esta línea de pensamiento, no quiere decir individual ni mucho menos arbitrario o no motivado y, referido a la lengua, no implica tampoco idiolectal, ni asocial. Todo lo

contrario: se refiere a un fenómeno colectivo, el cual, al manifestarse en la intercomprensión, supone el desarrollo de una actividad común que trasciende la esfera individual y entra en la social. Como saber compartido que permite hablar y entenderse, es una subjetividad en sentido colectivo la que entrará en juego en relación con el lenguaje en general y las lenguas en particular. Hasta aquí la definición de Searle bastante simplificada, por cierto, es imprescindible para aplicarla a la reflexión que sigue.²

Por otro lado, diversos estudios en el ámbito de la neurobiología vienen a ofrecer un soporte empírico, que confirmaría la subjetividad en el sentido de Searle, en tanto propiedad ontológica de todas las entidades que implican valores, como las lenguas. Tales estudios, principalmente los de Edelman (1992), Leventhal (1984), Leventhal y Scherer (1987), Schore (1994), Locke (1992), Damasio (1994), postulan el desarrollo de un *sistema de valores con una base afectiva (somatic value system)* localizado neurológicamente; es decir, tiene un asiento en el cerebro y funciona con la intervención de neurotransmisores en estrecho contacto con dos sistemas innatos de motivación cognitiva, a saber, el *homeostático (homeostatic system)* y el *socioestático (sociostatic system)*. El primero, se encarga de la regulación de las sensaciones corporales primarias, como el hambre, la sed, la temperatura, etc. En cambio, el segundo, implica la capacidad de interacción social de los seres humanos. Ambos sistemas no actúan de modo autónomo sino que se interconectan a través de un componente valorativo implícito en el *sistema de valores somático*. Tal *sistema* (en adelante, *sistema de valores*) se desarrollaría durante los primeros años de vida, en la primera relación social del niño, la de orden diádico que se establece con la madre. Posteriormente se extendería a los demás individuos del micro-contexto de la familia, gobernando las preferencias, gustos, disgustos, hasta aversiones, aparentemente inexplicables, que todo individuo establece en relación con los objetos del mundo, y también, durante el proceso de cognición de los fenómenos sociales y, asimismo, de los lingüísticos. Desde el primer momento de vida, la comunicación con la madre resulta fundamental en la articulación de la homeostasis y de las acciones del individuo con las sensaciones positivas de placer, cuando no, negativas de disgusto o de distancia. Esas primeras asociaciones se fijarán en la memoria, de modo que constituirán un filtro para la percepción del mundo.³

En esta línea reflexiva, las actitudes o valoraciones, que Labov (1972) sitúa en un campo restrictivo de la dimensión subjetiva de la lengua, como fenómenos complementarios a los de la dimensión objetiva, dejarían de tener una función de mero aditamento en el estudio de las lenguas. Más bien, pasarían a ser centrales, en la medida en que están implicadas en la cognición social y lingüística, esto es, en la propia adquisición de una variedad dada y en el modo de conocerla. Una precisión de mi parte que no han desarrollado los autores mencionados es la siguiente: la referencia a los valores no supone de modo exclusivo todo aquello que lleve a calificaciones explícitas de índole aprobatoria o desaprobatoria. Se sabe que no todos los rasgos propios de las lenguas suscitan valoraciones marcadas: es más, puede ser que ni siquiera sean percibidos, aunque se haga uso de ellos. En efecto, por razones de finitud de memoria o de capacidad de atención, no es posible percibir absolutamente todas las características de la propia lengua, lo cual no significa que carezcan de un lugar en el sistema de valores del individuo, dado que este forma parte de la cognición misma de la lengua, aunque el hablante no sea consciente de él. Prueba de esta condición valorativa integrante del sistema cognoscitivo de una lengua es que si se modificaran de modo intempestivo algunos de sus rasgos característicos, se generaría entre los hablantes un efecto negativo, cuanto menos de extrañeza. Una lengua se adquiere desde el inicio con carácter obligatorio: el ‘debe ser’, de los fenómenos implicados; *se dice así* y *no se dice así*. Detrás de los usos lingüísticos, en apariencia no percibidos ni valorados de modo explícito, existe una aceptación colectiva tácita entre los hablantes de una variedad lingüística, que implica de suyo la correspondencia con un sistema de valores no necesariamente consciente. Este es un punto que no se suele tener en cuenta en la observación de los fenómenos lingüísticos, a pesar de que forma parte de la naturaleza del lenguaje.

¿Qué relación se establece entre la propuesta del carácter subjetivo del lenguaje desarrollada por Searle y las indagaciones en el dominio de la neurobiología que acabo de presentar? Tal combinación no es de ningún modo inmotivada, pues las indagaciones en el ámbito filosófico (la subjetividad como propiedad ontológica de las lenguas) con las del campo neurológico (la centralidad del *sistema de valores*), se muestran internamente compatibles: no están forzadas por cuestiones de escuela, sino que, a través de tradiciones reflexivas y empíricas diversas han llegado a un punto de convergencia. Tal convergencia

se muestra patente en el hecho de que la *ontología subjetiva* atribuida al lenguaje está respaldada por la existencia de una estructura neurológica, la cual hace posible desarrollar un sistema de valores que, como tal, no puede ser sino de carácter subjetivo. El enlace entre estos dos tipos de discurso racional permite, a mi modo de ver, explicar por caminos diferentes la *diversidad lingüística* en todas sus manifestaciones, una de las cuales se concreta en la movilidad espacial de los hablantes, y es la que nos interesará en esta ocasión.

Hay un punto especialmente relevante en la posición de los estudiosos mencionados, aplicada por Schumann (1997:2) al aprendizaje de segundas lenguas, pero también al de la lengua materna, y que, aparentemente, entraría en contradicción con el carácter colectivo asignado a la subjetividad. Según este autor, el *sistema de valores*, al desarrollarse en la relación afectiva con la figura materna, es de carácter básicamente individual, de modo que como cada individuo tiene su propia historia cognoscitiva y afectiva intransferible, las motivaciones personales son imposibles de extrapolación. Textualmente:

“Because each appraisal system is different, each second language learner is on a separate motivational trajectory. Consequently inconsistency across individuals in the measurement of affective factors and SLA proficiency is to be expected. When consistency is found, it is only because groups of people, for cultural reasons, **occasionally** [mío el relieve] make similar appraisals about language learning” (Schumann 1997:2).

Nótese que solo se admite una coincidencia grupal, de tipo ocasional entre los valores. Aceptando la importancia de una contribución individual en la cognición de las lenguas, manifestable en la variada motivación para aprenderlas, pondré, sin embargo, algunas reservas al grado de generalidad en los alcances del factor individual y, al mismo tiempo, a la restricción de la influencia social. Como lo sugerí antes, la subjetividad implicada en la captación y en el conocimiento de la variedad de una lengua (la que me interesa poner aquí en primer plano), no está necesariamente restringida al ámbito personal: si así lo fuera, ningún hablante coincidiría con otro en el modo de percibir su variedad y, por lo tanto, tampoco en el modo de reproducirla. Esta enunciación expresa de manera nítida el carácter colectivo asignado a la subjetividad, que alcanza también al *sistema de*

valores, pues no se puede someter a duda el hecho de que existe una parte fundamental del sistema mencionado compartida por los integrantes de un grupo o de una comunidad, lo que permite una percepción común, bien de las variedades en sentido global, bien de los fenómenos atribuidos a ellas. Y, aún más, ese sistema de valores, o parte de él, se transmite de generación en generación, y termina integrando el patrimonio cultural del conocimiento lingüístico, perpetuándose a través del tiempo, de modo que resulta a veces muy difícil de erradicar. El desplazamiento del plano individual al colectivo es particularmente relevante para comprender la formación, la transmisión y la difusión de las variedades lingüísticas y será, por lo tanto, el eje de la reflexión que presento aquí y el elemento central en el estudio de la relación entre percepción y producción como fenómenos sociales.

2 Subjetividad, percepción y espacio en el contacto por migración

Empecemos a conectar de modo más preciso las reflexiones anteriores con el tema en que nos movemos. Resulta claro que la dimensión subjetiva desempeña un papel protagónico en contextos de contacto conflictivo, como lo es todo proceso migratorio, sea colonial (las conquistas implican desplazamientos demográficos, aunque aquí sean los pobladores originarios los que ocupan una posición de desventaja), sea de supervivencia (en el que ocurre a la inversa, y son los que migran los que se colocan en situación desventajosa). En cualquier caso, el ambiente de migración en sus momentos iniciales crea una relación de oposición y de asimetría, en que se expresa de modo nítido el carácter colectivo y no reflexivo de sistemas de valores diversos. La fase inicial de desplazamiento demográfico, en que se da el reconocimiento dicotómico originario/inmigrante (dicotomía, por cierto, provisional en la evolución de los hechos) adquiere un valor emblemático para la convivencia posterior. En esta fase se establecerán la modalidad de las interrelaciones y, en general, la base de las actitudes grupales, que pueden dar origen a distintos desarrollos sociolingüísticos, de modo que la investigación, como bien se sabe, no podrá prescindir de las distinciones cronológicas en generaciones de migración, si se quiere seguir la evolución de la modalidad de la interacción social y sus efectos en las lenguas, que pueden ser impredecibles.

Ahora bien, no solo las lenguas están implicadas en el desarrollo de los contenidos axiológicos, también los espacios de procedencia tienen un lugar en ese sistema, que se hace ostensible en la situación del encuentro. Resulta indudable que es el *topos* en su significado simbólico, representado por los pobladores originarios y por los nuevos, los que ocupan el primer plano (Caravedo 2007). Tanto de lado de los integrantes de la sociedad de acogida, cuanto de los inmigrantes, se activan las creencias sobre espacios desconocidos, que no se corresponden con la realidad objetiva, de modo que esta termina sobredimensionada, parcializada, reducida, dependiendo del éxito o del fracaso de los primeros contactos *in situ*. Los espacios, y con ellos todo lo que identifica a los pobladores como procedentes de un lugar, como la forma de hablar, tendrán un valor subjetivo que se actualiza y se intensifica en la situación de convivencia. Así lo sostienen y lo comprueban empíricamente los diversos estudios sobre la percepción de las variedades espaciales en la línea de la dialectología perceptiva (Preston 1999, 2002; D'Agostino 2002, Krefeld 2002), o, en el mero replanteamiento crítico de la espacialidad objetiva (Johnston 2004, Eckert 2004).

Hay que partir del hecho de que la percepción lingüística, mecanismo central para conocer una lengua, es en gran medida arbitraria; es decir, no está guiada por la observación objetiva, y tampoco constituye una reproducción exacta del punto de mira. Se trata de un mecanismo de abstracción o, más propiamente, un mecanismo que produce un resultado abstracto, en la medida en que implica una selección (cf. Caravedo 2009b). En efecto, hay un aspecto selectivo en todo proceso de percepción expresable, en primer lugar, en la no exhaustividad de lo percibido y, en segundo lugar, en la heterogeneidad perceptiva entre grupos y comunidades, que a veces se manifiesta en una no correspondencia entre percepción y producción. Sin embargo, detrás de la desigualdad se presenta una coincidencia no aleatoria entre miembros de una misma comunidad socio-espacial, que convergen en el punto de mira, enfocando unos aspectos del objeto y desenfocando otros. Si las investigaciones neurológicas están en lo cierto, el *sistema de valores somático* podría proporcionarnos una base explicativa plausible para este desconcierto, paradójicamente ordenado, en las formas de percibir, sea las variedades en su conjunto, sea los fenómenos identificados con estas. En otras palabras, este sistema orientaría la selección: qué y cómo se percibe, pues de otro modo esta sería caótica, ya que no todo se percibe y lo percibido no

se percibe de la misma manera en un sentido absoluto, lo que implica que ese sistema dirigiría también la atención y la memoria, fundamentales en todo aprendizaje. En otras palabras, el *somatic value system* constituiría el filtro necesario para la cognición, que, como lo mostraré con ejemplos concretos más adelante, decantaría los datos observables, y justificaría tanto las evaluaciones totalizadoras e irreflexivas de las variedades, cuanto los falsos análisis de ellas.

3 Deslindes en la percepción

Es oportuno establecer algunos deslindes en el concepto de percepción, teniendo en cuenta la atención hacia el objeto percibido, primero, en situaciones normales en que no está implicada la migración, para luego aplicarla a esta.

3.1 *Percepción interna*. En primer lugar, en el proceso de adquisición de la variedad propia de la comunidad de habla en la que se nace, se pone en funcionamiento una percepción que llamaré *interna*, la cual supone el primer contacto con una entidad de naturaleza lingüística (una lengua cualquiera), a través de la variedad local que se adquirirá. Ya en esta etapa, según las investigaciones neurológicas referidas, el individuo recibiría el input lingüístico entrelazado con el sistema de valores del primer interlocutor que orientará la percepción y la producción. Son los padres —especialmente la madre— los primeros maestros que comunican a los descendientes su conjunto de preferencias: el qué decir, el qué no decir, el cómo decirlo, a quién, en qué situación. No existe aquí ningún margen de elección: la variedad, con su sistema valorativo incluido, es la que recibimos, por azar, en los ambientes en que nacemos, y tendrá una importancia capital, porque constituirá el punto de referencia para reconocer (léase percibir) las variedades ajenas. A partir de aquí, todo se observará y se procesará e incluso se evaluará a través de la primera variedad adquirida. Es oportuno señalar los alcances del término de variedad: no se trata en sentido estricto de una realidad materialmente delimitable; no posee carácter objetivo sino, más bien, relativo al observador: es, pues, de naturaleza subjetiva en el sentido searleano; de ahí las imprecisiones entre los hablantes, e incluso las que se plasman en el propio discurso científico. La variedad es un entramado complejo que solo puede reconocerse a través de la observación (científica o ingenua) y la reproducción, en el caso de los hablantes, de un cierto inventario de recurrencias.

3.2 *Percepción externa*. Posteriormente, en la extensión de las relaciones sociales en la escolaridad, el individuo desarrolla lo que denominaré una percepción *externa*, que supone la captación de variedades ajenas, las de los otros, las cuales se reconocerán en referencia al primer modelo adquirido mediante la percepción *interna*. Si en el ambiente en que vive el hablante no existen diferencias sociolingüísticas tajantes entre variedades, las percepciones *interna* y *externa* serán relativamente armónicas, y redundarán en un enriquecimiento del sistema pragmático: mayor adaptación a distintos niveles de formalidad, a diversas situaciones comunicativas, a estilos textuales. El individuo no tendrá en este caso que renunciar a la variedad adquirida internamente; antes bien, solo se tratará de ampliarla o de enriquecerla a través de la información metalingüística. Pero esta armonía es casi utópica en las sociedades actuales, como las que sufren grandes transformaciones demográficas.

Así, en estas sociedades las variedades que son objeto de percepción *interna* y *externa* son marcadamente distintas y, además, con diferente estatuto social. Cuando el hablante se sitúa en el extremo superior (se trate de migración por colonización o supervivencia), serán las ajenas las desviadas, si no coinciden con las propias. Los verdaderos conflictos se producen naturalmente del lado del sector menos favorecido: allí es el sistema de valores del grupo más fuerte el que adquirirá un carácter rector. Así, son los que se sitúan en los extremos desfavorecidos los que deben adaptarse al medio y aprender de modo obligado, no por propia voluntad ni curiosidad, la lengua/variedad con la que empiezan a convivir. A la inversa no suele ocurrir, pues en caso de migración por supervivencia no son las lenguas de los inmigrantes las que constituyen objeto de curiosidad o de aprendizaje para los pobladores comunes.

Es importante subrayar el hecho de que la actividad perceptiva que se pone en funcionamiento en el proceso de cognición está determinada cronológicamente. Normalmente los mecanismos de percepción se ejercitan con toda su intensidad en el momento inicial de la adquisición o aprendizaje: se reconoce un periodo óptimo de actividad perceptiva. Labov, por ejemplo, establece un límite que fluctúa entre 9 y 10 años de edad para la adquisición de la variedad local, después del cual el hablante no es capaz de reproducirla con exactitud (Labov, *en red*).⁴ Pasado este periodo crítico, la capacidad de percepción va decreciendo progresivamente de modo natural, hasta que se adquiere

completamente la propia variedad, y entonces, esta deja de ser observada, de modo que se convierte en neutral. Solo en la confrontación con variedades distintas de las adquiridas en la primera infancia, se dirigirá la atención a determinados fenómenos (percepción selectiva) reconocibles como diferentes de la variedad materna, que es la unidad de medida. Y es precisamente en el traslado a un nuevo espacio social y comunicativo, en que los adultos volverán a activar la capacidad perceptiva perdida, en modo un tanto artificial, lo cual originará las asociaciones erradas. Por ello, el mecanismo perceptivo desempeña un papel crucial en los procesos de interacción de tipo migratorio.

3.3 *Auto-percepción*. Este tercer deslinde, fundamental en el contexto de contacto, supone el desarrollo de una conciencia de la propia variedad, o solo de ciertos fenómenos asignados a ella. La *auto-percepción* se desarrollará como consecuencia de la disparidad entre lo que he llamado percepción *interna* y *externa*, y podrá originar una evaluación positiva o negativa de la propia variedad. Tal disparidad se hace evidente, aunque con matices particulares, en las investigaciones en el marco de la dialectología perceptiva propuesta por Preston (1999). Así, al estudiar la percepción de las variedades dialectales de los Estados Unidos de Norteamérica a través de los pobladores de Oregon, Hartley (1999) ha descubierto de qué manera se presenta con claridad una escisión entre los juicios de orden racional y los de orden afectivo. Comprueba empíricamente una tendencia a considerar de modo positivo la propia variedad en un sentido afectivo: como más agradable, mientras que esta misma variedad es criticada desde el punto de vista racional como incorrecta, si bien esto ocurre en una situación no migratoria. Este hallazgo hace pensar en una disociación entre racionalidad y afectividad que se pone en juego en la percepción de las diferencias dialectales.

Algo distinto hemos comprobado, valiéndonos de una metodología similar, respecto de la auto-percepción de una variedad estigmatizada como la del español andino peruano. En este caso, se registraron porcentajes mayoritarios de evaluación negativa, tanto en el orden racional (corrección/incorrección) como en el afectivo (agrado/desagrado) entre los propios andinos respecto de su variedad vernácula (cf. Caravedo 2009a, Caravedo/Rivarola, *en prensa*).⁵ En cambio, cuando se trataba de la evaluación positiva, esta se relacionaba con la percepción externa de la variante capitalina considerada la más

correcta y la más agradable. Por consiguiente, aunque se presenta una relación de simetría y cohesión entre las áreas racional y afectiva (diferente a la encontrada por Hartley 1999 en contextos no migratorios), tanto en el sentido de percepción *externa* como de *autopercepción*, en todos los casos, es la variedad ajena la evaluada positivamente, mientras que la propia, se presenta desfavorecida en todos los sentidos. No resulta extraño que esto suceda precisamente en el caso de quien ostenta la posición inferior, esto es, el inmigrante. En este, la auto-percepción se convierte en una reacción especular de la percepción de los otros. Esto puede conducir, a la larga, a una modificación de los propios usos a través de la imitación de la imagen proyectada de las variedades ajenas (o, de modo más preciso, de lo que se cree que son) y, en el peor de los casos, ocasionar consecuencias psicológicas al producir sentimientos de vergüenza y auto-desaprobación irreflexiva. Tales sentimientos, además de dañar la identidad personal, llevan a la pérdida de las propias modalidades y, lo que es más grave, de lenguas enteras, que dejan de hablarse en muy pocas generaciones en el espacio migratorio.

Un ejemplo ilustrativo de *auto-percepción* negativa generada por la percepción *externa*, que lleva a la concentración de la atención a un rasgo fonológico, se da en el contexto de la migración de hablantes andinos quechua-hablantes, hacia la capital de habla española, Lima. Se trata de un caso semejante al de la migración externa con respecto a la distancia lingüístico-cultural abismal existente entre ambos grupos como si fueran de países distintos. Los limeños, asignan un valor peyorativo a la variedad del espacio andino, que no solo anula toda curiosidad de conocimiento de la lengua indígena, sino que censura el pasaje al español de cualquier rasgo considerado propio de ella. La censura conduce a una situación de alerta que termina siendo de hiper-percepción de los rasgos que el hablante pueda considerar, incluso erróneamente, como provenientes del quechua. Este es el caso de la realización del fonema palatal lateral que se presenta entre los hablantes andinos, y que no es propio del español yeísta limeño: basta que el hablante capitalino oiga ese rasgo para desautorizar toda la variedad y, lo peor, al que la produce, y por supuesto a su espacio de procedencia. Es evidente el carácter selectivo, subjetivo de esta percepción: así, los capitalinos desconocen que la lateralidad es un rasgo propio de la fonología española en gran parte de su historia, aunque esté por desaparecer actualmente en muchas zonas de España (cf. Molina 2006). Sin embargo, en este caso, se la atribuye erróneamente de modo

exclusivo al quechua (a pesar de que en esta lengua casi no se dé). Lo que está detrás no es, pues, el rasgo de lateralidad en sí mismo como hecho objetivo, sino los valores asignados a este rasgo, porque se lo sindicó como representativo de una variedad espacial subvalorada. Lo interesante de señalar es la consecuencia directa de la percepción en el orden de la producción: los hablantes dejan de pronunciarla ya en la segunda generación de migración, quizás porque se hacen eco de la percepción ajena, como minusvaloradora, y comienzan a concentrar de modo exagerado la atención hacia ese rasgo, y a controlar consecuentemente su producción. Se trata de un caso patente de percepción colectiva dirigida de modo selectivo hacia un solo fenómeno por un sistema de valores común al grupo dominante en situación de migración.

4 Percepción de variedades de lenguas diversas

Aunque los fenómenos generales del contacto se apliquen a cualquier proceso migratorio, es necesario establecer algunas distinciones respecto de las variedades involucradas. El contenido del sistema de valores no funciona exactamente igual en el proceso que se activa en contacto con una lengua extranjera, o mejor, con una variedad concreta de esta (sin olvidar la distancia tipológica entre las lenguas), y el que se pone en juego entre variedades distintas de la misma lengua. Es obvio que, en el primer caso, si el inmigrante desconoce totalmente la lengua, debe reactivar el mecanismo de percepción ante un objeto distinto, con el propósito de captar la gramática entera unida con la realización pragmática, las más de las veces sin adecuada orientación metalingüística. Aún más, como el individuo ignora de modo absoluto el sistema de valores sociolingüístico de esa comunidad, y ya no puede recibirlo en su periodo óptimo y en la relación socio-afectiva familiar, su acceso a él estará artificialmente mediado por la fuente de información: los interlocutores con quienes le toca interactuar y por la relación que se instaura entre ellos. Hay que tener en cuenta el grupo social a que pertenecen tales interlocutores que, en general, son los patrones o empleadores, de modo que se hace imprescindible su caracterización sociolingüística y dialectal. En relación con el circuito comunicativo de ambos protagonistas, generalmente, este es automáticamente de distancia asimétrica cuando el inmigrante ejerce ocupaciones no calificadas en que el jefe o el patrón es el habitante del lugar. Sin un bagaje metalingüístico que sirva de soporte a la percepción, el hablante irá

guiado por su mera intuición interferida por las características de su propio sistema lingüístico y, desde la perspectiva del grupo receptor, desarrollará una variedad lingüística anómala con fenómenos que no son propios del sistema de valores común, y, por lo tanto, serán hiper-percibidos y hasta estigmatizados, en la medida en que serán atribuidos a ignorancia o error. Especialmente difícil de adquirir será la pragmática, pues esta presupone también el conocimiento de la organización social y de los valores mayormente aceptados en la comunidad: las preferencias según los grupos, los estilos discursivos, toda la gama de variedad situacional, que se da de modo natural en quien ya ha adquirido la lengua en su propio contexto en situaciones no conflictivas. El inmigrante parte de cero, y no puede relacionar en los primeros momentos los hechos lingüísticos que logra percibir parcial o deformemente, con las situaciones concretas. Es natural suponer que mayor accesibilidad al conocimiento tendrán los inmigrantes de segunda generación, si han nacido en el país de acogida o han llegado en la temprana infancia, siempre que la actividad perceptiva se realice dentro del periodo óptimo de percepción. Pero, lamentablemente, el éxito no está asegurado con la inmersión escolar, que no hace sino poner en evidencia la situación de conflicto, pues el niño adquirirá mayor conciencia de la no correspondencia entre sus modelos familiares y los recibidos en la escuela. Una consecuencia directa de la migración, que supone el contacto de variedades de lenguas distintas, es la inutilización o la restricción de la lengua materna a contextos estrechos y limitados, lo que lleva a la pérdida de ella, por reducción funcional en muy pocas generaciones, cuando no, por inhibición o vergüenza.

5 Percepción de variedades de una misma lengua: el español

No menos difícil será el contacto entre variedades de una lengua común. Podríamos pensar que si se comparte la lengua en el espacio migratorio, no existirán problemas comunicativos y que, por lo tanto, el fenómeno de percepción no debería desempeñar ningún rol importante. Nada más alejado de la realidad. Aquí se revela en toda su magnitud la subjetividad de los sistemas de valores comunitarios y normativos preestablecidos antes de la llegada, por ambos grupos, que se concretizan en el encuentro real. Se manifiestan de diversas maneras las ideas preconcebidas sobre las modalidades diatópicas de la lengua, que suponen reducciones, sobredimensionamientos, hasta caricaturizaciones. Cuando se trata de la inmigración hispanoamericana a España se atribuyen características

generalizadoras a un supuesto español continental (español de América) como si fuera único. Por otro lado, los inmigrantes hacen algo semejante considerando el español de España como si fuera una totalidad isomórfica. Percepciones también arbitrarias se activan en la migración intra-continental en el interior de América (Central y del Sur), que es de gran densidad y que confronta una diversidad de variedades regionales del español, las cuales hacen evidentes las diferencias internas de fenómenos y valores asignados a ellas. Así ocurre en los grandes centros urbanos en que confluyen grupos provenientes de distintos países, los que en determinado momento se encuentran en situación de desventaja económica (ecuatorianos, bolivianos, peruanos, paraguayos etc.) en determinados centros receptores como: Caracas, Buenos Aires, Santiago de Chile, San José de Costa Rica, que ponen en evidencia nuevamente la subjetividad de la creencia en una homogeneidad continental. En estos casos, como deja de valer el criterio de hispanoamericano, puesto que todos lo son, es sustituido por el criterio nacional, criterio también inadecuado que conducirá a percepciones equivocadas y deformantes, al anular la riquísima variación regional y social en el interior de cada país.

Resulta evidente que tratándose de variedades de una misma lengua, el hablante no tendrá que partir de cero ni tampoco se confrontará con la inutilización de su lengua, como en el caso en que una lengua desconocida por el hablante está en juego. Pero se verá obligado –eso sí- a reconstruir su percepción primaria y su intuición lingüística originaria, concentrándose de modo puntual y artificial en los rasgos que no han sido nunca materia de observación ni de duda en su espacio natal, pero que no corresponden a la variedad hablada en el lugar. Mientras un hablante tolera de modo natural el cometer errores en una lengua extranjera, no aceptará tan fácilmente el que los errores surjan de su propia variedad vernácula, y que sean estos precisamente los que impidan la eficacia comunicativa. Se crea, pues, una situación de extrañamiento respecto del propio instrumento de comunicación, que daña de modo más profundo la autoimagen.

Me valdré de un caso emblemático para ilustrar los conceptos desarrollados aquí: el conocidísimo y estudiadísimo fenómeno de oposición fonológica apicoalveolar / interdental /s/ /θ/, propia de una parte de España, frente a la no diferenciación (*seseo*) que en este caso sí identifica Hispanoamérica en su totalidad, el cual supone una bifurcación de

percepciones sobre la base de diferentes sistemas de valores. Obviamente esto no se aplicará a la migración a Sevilla, que dada la distinta fenomenología del seseo andaluz respecto del hispanoamericano, planteará problemas de otra naturaleza. En su propio espacio de procedencia, ningún exponente de las variedades *auto-percibe* su sistema de sibilantes: nadie se considera a sí mismo como distinguidor ni como seseante. Aparentemente, se trataría de rasgos neutros que no implican valoración alguna, por lo menos explícitamente. Pero hemos dicho anteriormente que todos los usos de la lengua implican valores, y que estos salen a la superficie solo cuando se observa, en el habla de los otros, que tales rasgos no se cumplen (*percepción externa*). En efecto, en este caso, las diferencias entre ambos grupos se hacen evidentes solo en la confrontación con la variedad ajena (cf. la diferencia entre *percepción interna/externa*). Allí se desvelan los valores camuflados o inconscientes, que deben ser analizados poniéndose en la perspectiva cognoscitiva de cada uno de los grupos implicados en las diferencias. Así, de lado del que está en su propio espacio, en casa, es obvio que es la variedad del otro la confundidora o simplificadora y, por lo tanto, es la que recibirá la marca negativa. En cambio, de lado del que se siente en casa ajena, el que no pertenece al lugar, genera una *auto-percepción* crítica de su propia modalidad, que consideraba natural y que, por lo tanto, no había sido objeto de reflexión y mucho menos de evaluación. Una reacción posible para adaptarse al ambiente y no sentirse discriminado podría ser tratar de reproducirla o imitarla. Pero la mimesis, cuando se ha completado el periodo de percepción óptima, supone, en este caso, un intento, mayormente desacertado, de anticiparse a cada uno de los puntos dentro de cada palabra en que se ha de pronunciar una interdental y no la sibilante dental. El fracaso es inevitable porque la cognición de la propia variedad, lo que se ha asimilado en los primeros años, no puede cambiar de modo abrupto. Es esa la única forma posible para el hablante, que no puede hablar de otra manera, que no llega a percibir tampoco cuál es la regulación de esa diferencia y que no es capaz, por consiguiente, de reproducirla en su propio discurso. Y esto ocurre, aunque medie un conocimiento metalingüístico, dado que tal conocimiento no logra controlar la producción, en la medida en que esta se presenta ligada a un *sistema de valores* primario que no reconoce la funcionalidad de tales diferencias, y que naturalmente no se rige por la ortografía de las palabras.

De lado de los originarios, la percepción del error en el inmigrante es legítimamente justificable, pues la cognición de dos fonemas en vez de uno en su variedad, y el sistema de valores implícito asociado a ella, lo conduce a considerar anómala o desviada la producción que desconoce uno de los fonemas. Se trata de una actitud coherente con el propio modelo cognoscitivo, que termina siendo respaldada desde el punto de vista disciplinario, si se echa mano de la definición clásica de fonema como unidad discriminadora de significado cuya demostración se hace patente con el criterio del *par mínimo*. A partir de esta perspectiva, el grupo que no hace la distinción, confunde los fonemas y, por lo tanto, no discrimina los significados que estos distinguen con nitidez. No hay acuerdos posibles, aunque los lingüistas nos esmeremos en razonar a posteriori las diferencias y a dotarlas de sentido con explicaciones históricas, buscando eliminar con ello toda valoración. Lo que quiero puntualizar con este ejemplo es el hecho de que la subjetividad perceptiva involucra fenómenos aparentemente objetivos considerados en la tradición disciplinaria como inmanentes o propios del sistema, v.g. la diferencia entre dos fonemas, y no como hechos de variación. Y esto ocurre no solo en la fonología, también en el léxico, en la morfología, en la sintaxis, en que se esconden no solo formas diferentes en cada variedad sino maneras distintas de considerarlas, de actualizarlas pragmáticamente y de evaluarlas. Baste mencionar a este respecto las diferencias en la deixis personal, social, temporal y espacial; en la organización discursiva; en la elección léxica (la sinonimia y la polisemia diatópicamente diferenciadas); incluso en las variaciones internas de los conectores sintácticos, entre las modalidades peninsulares y las diversas hispanoamericanas.⁶

Hay que considerar, sin embargo, que el sistema valorativo de las variedades que remiten a una misma lengua, no se crea, de modo total en la coexistencia migratoria (como ocurre a veces en un país de lengua extranjera); antes bien, proviene de una tradición cultural preexistente que se continúa, pero que se puede también alterar dependiendo del tipo de interrelación que se establezca entre ambos grupos. Si las investigaciones están en la línea acertada, el sistema valorativo, cualquiera que este sea, desarrollado en la niñez, en los lugares de origen, es el tamiz a través del cual se perciben y se procesan todos los estímulos (input) lingüísticos recibidos en el espacio del contacto, de modo que cualquier

estudio en esta línea debe considerar las diferencias axiológicas colectivas de cada uno de los grupos coprotagonistas del encuentro migratorio.

En definitiva, he buscado presentar una realidad muy compleja que no debe ser artificialmente simplificada, sino más bien enfrentada en toda su complejidad con el concurso de distintos tipos de reflexión, como las que se mueven en los campos de la filosofía y de la neurobiología, que he entrelazado como base de este trabajo. Una tarea que se nos impone y en la que estamos abocados es determinar con precisión, ¿cómo incide el sistema valorativo/afectivo de los hablantes como efecto del contacto en el comportamiento de fenómenos específicos y, de modo más general, en las concepciones globales de cada una de las variedades/lenguas? Desde un plano de mayor alcance, el centro de la propuesta aquí desarrollada consiste en incorporar al conocimiento científico objetivo, el estudio epistémicamente organizado y sistemático de la dimensión subjetiva en que se mueven los hablantes en el terreno de la cognición lingüística y social, no como hecho marginal o complementario de una dimensión objetiva, sino como característica central de la ontología del lenguaje.

Rocío Caravedo

Dipartimento di Romanistica

Università di Padova

Via Beato Pellegrino 1

35100 Padova- Italia

rocio.caravedo unipd.it

Notas

¹ No es posible esconder que la parte, a mi juicio, más compleja y debatible de este deslinde reside no tanto en la determinación de los hechos subjetivos, cuanto de los objetivos, particularmente en lo que respecta a la refinada distinción entre enunciados epistémicamente objetivos y entidades epistémicamente objetivas. Para un desarrollo crítico de esta cuestión, ver Caravedo (2003:99-101, 107-108).

² Un estudio de los planteamientos de Searle aplicados a la cuestión de la variación lingüística, puede verse en Caravedo (2003).

³ Cf. el concepto de *value category memory* propuesto por Edelman (1992:120) y el de *schematic emotional memory* desarrollado por Leventhal (1984). Ambos conceptos coinciden en la centralidad de la memoria, que permite fijar en el cerebro las primeras asociaciones que el individuo establece entre los estímulos del mundo y sus sistemas homeostático, social y valorativo (*somatic value system*). Estas primeras asociaciones actuarán como filtros a través de los cuales se percibirán los nuevos estímulos.

⁴ Labov (*loc.cit.*) advierte, sin embargo, que el periodo óptimo no implica necesariamente la anulación de la posibilidad de reproducir los fenómenos locales en la edad adulta, solo que supondrá una mayor tardanza en su adopción.

⁵ En lo que respecta al carácter racional de los juicios de corrección, manifiesto cierta perplejidad, en la medida en que no se sabe hasta qué punto en estos juicios estén mezclados elementos de orden afectivo, difíciles de deslindar. Por ello, he preferido considerar estos juicios como *pseudo-objetivos* (cf. Caravedo 2009a: 188).

⁶ Sobre la variación cognitiva diatópicamente marcada entre distintos conectores sintácticos, como *hasta* o *ya que*, ver Caravedo 2010 y *en prensa*).

Referencias bibliográficas

Caravedo, R. 2002. “El lenguaje a la luz de una filosofía sobre la realidad social”. En *Homenaje a Luis Jaime Cisneros*. E. Hopkins (ed.). 93-124. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Caravedo, R. 2007. “El espacio en la lingüística de la variación”. *In memoriam Manuel Alvar*. R.M. Castañer y J.M.Enguita (eds.). *Archivo de Filología Aragonesa*. 2002-2004. 2: 119-1129.

Caravedo, R. 2009a. “Percepción, espacios mentales y variedades en contacto”. En *Variação Lingüística em Megalópoles Latino-Americanos*, C. López y U. Reich (eds.), *Neue Romania 3* : 171-195, Munich: LINCOM.

Caravedo, R. 2009b. “La percepción selectiva en situación de migración desde un enfoque cognoscitivo”. *Lenguas y migración* (Alcalá de Henares). 1, 2: 43-60.

Caravedo, R. 2010. “La variación de significado en el corpus”. En *Realismo en el análisis de corpus orales*. P. Martín Butragueño (ed.). 279-302. México: El Colegio de México.

Caravedo, R. *en prensa*. “Polisemia o variación: el caso de *hasta* en español”. En *Homenaje a Luis Fernando Lara*. México: El Colegio de México.

Caravedo, R., Rivarola, José Luis *en prensa*. “El español andino, ¿variedad real o mental? En *Homenaje a Rodolfo Cerrón-Palomino*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

D’Agostino, Mari 2002. (ed.). *Percezione dello spazio, spazio della percezione. La variazione linguistica fra nuovi e vecchi strumenti di analisi*. Palermo: Università di Palermo.

Damasio, A.R. 1994. *Descartes’ error: emotion, reason and the human brain*. New York: G.P. Putnam’s Sons.

Eckert, P. 2004. “Variation and a sense of place”. C. Fought (ed.) *Sociolinguistic Variation. Critical Reflections*. Oxford: University Press. 107-118.

Edelman, G.M. 1989. *The remembered present*. New York: Basic Books.

Edelman, G.M. 1992. *Bright air brilliant fire. On the matter of the mind*. New York: Basic Books.

Fought, C. (ed.) 2004. *Sociolinguistic Variation. Critical Reflections*. Oxford: University Press.

Hartley, L.C. 1999. “A view from the western perceptions of. U.S. dialects by Oregon residents”. D. Preston (ed.) *Manual of Perceptual Dialectology*. Amsterdam: Benjamins. 315-332.

Johnstone, B. 2004. “Place, globalization and linguistic variation”. C. Fought (ed.) *Sociolinguistic Variation. Critical Reflections*. Oxford: University Press. 65-83.

Klee, C. y Caravedo, R. 2006. “Andean Spanish and the Spanish of Lima: linguistic variation and change in a contact situation”. C. Mar-Molinero & M. Stewart (eds.) *Globalization and Language in the Spanish-speaking world. Macro and micro perspectives*. Hampshire: Palgrave Macmillan. 94-113.

Krefeld, T. 2002. “La dissociazione dello spazio comunicativo in ambito migratorio (e come viene percepita dai parlanti): i meridionali in Baviera”. Mari D’Agostino (ed.) 2002: 157-172.

Labov, W. 1972. *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Labov, W. (en red). *Principles of Linguistic Change, vol. 3 Cognitive and Cultural factors* (First drafts of chapters 1-17) (<http://www.ling.upenn.edu/~wlabov>)

Leventhal, H. 1984. “A perceptual-motor theory of emotion”. L. Berkowitz (ed.) *Advances in Experimental Social Psychology* 17. New York: Academic Press. 117-182.

Leventhal, H. y Scherer, K. 1987. "The relationship of emotion to cognition": A functional approach to a semantic controversy". *Cognition and emotion* 1: 3-28.

Locke, J.L. 1992. "Neural spacializations for language: a developmental perspective". *Seminars in the Neurosciences* 4: 425-431.

Molina, Isabel (2006). "Innovación y difusión del cambio lingüístico en Madrid". *Revista de Filología Española* LXXXVI, pp.127-149.

Piaget, J. 1975. "Lo sviluppo delle percezioni in funzione dell'età". J. Piaget, P. Fraise, E. Vurpillot, R. Francès, *La percezione*. Torino: Giulis. 2-101.

Preston D. (ed.) 1999. *Manual of Perceptual Dialectology*. Amsterdam: Benjamins.

Preston, D. 2002. "Down and out in Perceptual Dialectology". Mari D'Agostino (ed.) 2002: 11-38.

Searle, J. 1994. *The construction of social reality*. New York: Free Press.

Schore, A. N. 1994. *Affect regulation and the origin of the self: The Neurobiology of emotional development*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.

Schumann, J.H. 1997. *The Neurobiology of Affect in Language*. Oxford: Blackwell.